



José Tomás Torres López

Nació en Trujillo, República Bolivariana de Venezuela, en el año 1976. Poeta, Músico, compositor y arreglista. Actualmente es Profesor, Director Coral del Núcleo Universitario "Rafael Rangel", de la Universidad de Los Andes. Ha labrado una prolífica obra en torno al repertorio musical venezolano. Es autor de la obra sinfónica *La brisa viene de lejos*. Fantasía Sinfónica (1997). Autor de los poemarios: *Códigos* (2019), *Cerca del silencio* (2018), y *El cuatro toma la palabra* (2020). Es un acucioso investigador de la cultura regional, destacándose como columnista del Diario El Tiempo (2010 a 2013). Entre sus aportes figuran: Investigación en musicoterapia titulado *Audioanalgesia, una técnica para cambiar* (2003), autor de la Unidad didáctica para el libre desarrollo de la música en Educación Básica (2012). Promotor del Vals Conticinio como Patrimonio cultural Trujillano (2022), promotor del movimiento "Trujillo, la tierra del Vals" (2024), autor y promotor de la carrera de Pedagogía de la Música NURR (2024). Generador de contenido artístico y pedagógico en el canal de YouTube "El cuatro venezolano, Thomas Torres". Director Adjunto Orquesta Sinfónica Juvenil Carache (2025).



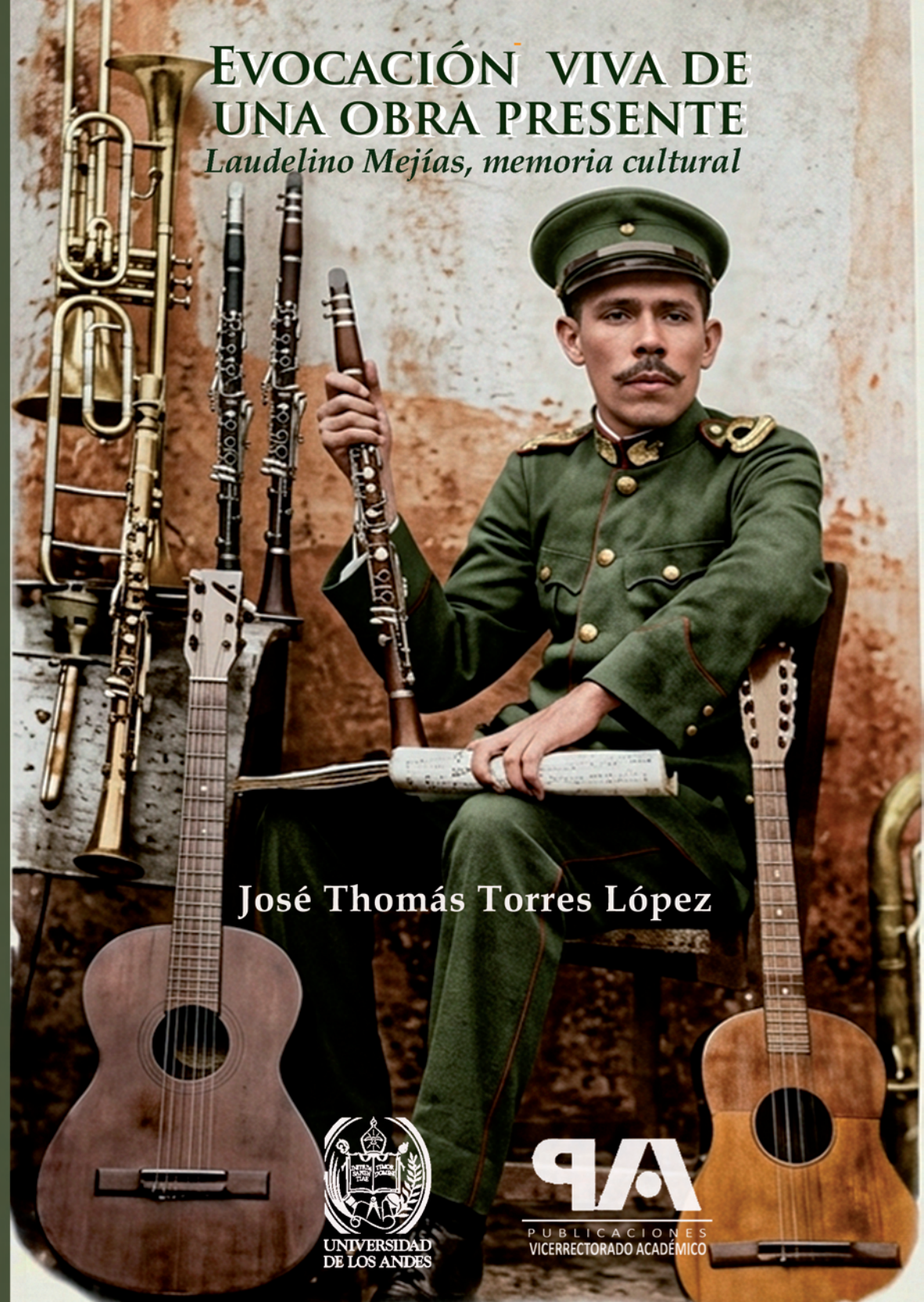
José Tomás Torres López

EVOCACIÓN VIVA DE UNA OBRA PRESENTE



EVOCACIÓN VIVA DE UNA OBRA PRESENTE

Laudelino Mejías, memoria cultural



José Tomás Torres López



*Evocación viva
de una obra presente*

*Laudelino Mejías,
memoria cultural*

Colección Arte de la Palabra

UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
Autoridades universitarias

- **Rector**
Mario Bonucci Rossini
- **Vicerrectora Académica**
Patricia Rosenzweig Levy
- **Vicerrector Administrativo**
Manuel Aranguren Rincón
- **Secretario (I)**
Manuel Joaquín Morocoima

SELLO EDITORIAL
PUBLICACIONES
DEL VICERRECTORADO
ACADÉMICO

- **Presidenta**
Patricia Rosenzweig Levy
- **Coordinadora**
Marysela Coromoto Morillo
Moreno
- **Consejo editorial**
Patricia Rosenzweig Levy
María Teresa Celis
Marysela Coromoto Morillo
Moreno
Francisco Grisolia
Jonás Arturo Montilva
Marlene Bauste de Castillo
Joan Fernando Chipia L.
María Luisa Lazzaro
Alix Madrid de Forero

COLECCIÓN
ARTE DE LA PALABRA
Sello Editorial Publicaciones del
Vicerrectorado Académico

Los trabajos publicados en esta
colección han
sido rigurosamente seleccionados y
arbitrados
por especialistas en las diferentes
disciplinas

COLECCIÓN
ARTE DE LA PALABRA
Sello Editorial Publicaciones del
Vicerrectorado Académico

EVOCACIÓN VIVA
DE UNA OBRA PRESENTE
LAUDELINO MEJÍAS,
MEMORIA CULTURAL
Primera edición digital, 2026

© Universidad de Los Andes
Sello Editorial Publicaciones del
Vicerrectorado Académico
© José Tomás Torres López

Hecho el depósito de ley
Depósito Legal: ME2026000080

ISBN: 978-980-11-2263-0



Corrección de estilo:
Carlos G. Perdomo Ramírez

Diagramación:
Raquel E. Morales Soto

Ilustraciones de la portada:
Laudelino Mejías
a la edad de 22 años.
Trujillo 6 de agosto de 1916.
Imagen tomada de: <https://haimaneltroudi.com/wp-content/uploads/2023/01/Vals-Conticinio-2-225x300.jpg>
Mejorada con ayuda de la IA
<https://gemini.google.com>
Gemini 3 Flash año 2026
Prompt: Mejora la resolución de la imagen y la pones a full color

Universidad de Los Andes
Av. 3 Independencia,
Edificio Central del Rectorado,
Mérida, Venezuela.
publicacionesva@ula.ve
publicacionesva@gmail.com
<http://www2.ula.ve/publicacionesacademicas>
<http://bdigital2.ula.ve/bdigital/>

**Prohibida la reproducción total o
parcial de esta obra sin la
autorización escrita de los autores
y editores**

Editado en la República Bolivariana
de Venezuela

COLECCIÓN
ARTE DE LA PALABRA

A fin de otorgar la justa importancia que tiene la literatura en el establecimiento de la consciencia cultural de toda nación, nos hemos propuesto reunir, sistematizar y difundir el corpus artístico universitario contenido dentro del ámbito de la palabra –tanto de autores nacionales como internacionales–, y abordar así la recopilación, estudio y publicación de obras pertenecientes a los géneros: poesía, narrativa y ensayo.

Entre los objetivos específicos las colecciones del Sello Editorial Publicaciones del Vicerrectorado Académico, resaltan:

- Estimular la edición de libros al servicio de la docencia y la humanidad.
- Editar la obra científica de los profesores de nuestra Casa de Estudios.
- Publicar las investigaciones generadas en los centros e institutos de investigación.



José Tomás Torres López

*Evocación viva
de una obra presente*

*Laudelino Mejías,
memoria cultural*



PUBLICACIONES
VICERRECTORADO ACADÉMICO

*“Tengo la edad en que las cosas se miran con más calma,
pero con el interés de seguir creciendo. Tengo los años en que
los sueños se empiezan a acariciar con los dedos, y las ilusio-
nes se convierten en esperanza”
“Mañana es la única utopía”*

José Saramago

*“El misterio de la existencia humana no radica solo en
mantenerse con vida, sino en encontrar algo por lo que vivir”*

Fiódor Dostoievski

*“La felicidad suprema en la vida es tener la convicción de
que nos aman por lo que somos, o mejor dicho, a pesar de lo
que somos”*

Víctor Hugo

*“No hacemos más en la vida que ir buscando el lugar donde
quedarnos para siempre”*

José Saramago

Índice

Prólogo	9
I. Escuela Filarmónica de Trujillo como el Proyecto Musical Académico en 1908	11
II. Banda Filarmónica como la Casa del Tiempo, 1910	14
III. “Mi Primer Vals, 1910. Laudelino Mejías”	18
IV. La asunción a la Dirección de la Banda Filarmónica en 1916	22
V. Su primera travesía de viaje a Maracaibo en 1920, retornando a Valera a mediados de 1921	26
VI. Retorno a la capital Trujillana en 1924, como director de la ahora Banda Sucre	30
VII. Segunda travesía musical con destino a Ciudad Bolívar en 1930 - 1933	33
VIII. Segundo retorno a Trujillo en 1934, trae tiempo de esperanza	36

IX. El último viaje en ese cambio del paisaje para 1963, de este plano terrenal	40
X. Evocación Viva de una Obra Presente	42
Referencias	47

Prólogo

Abordar la historia cultural, musical venezolana de siglo XX, nos lleva a revisar figuras y hechos trascendentales que fundan una estética que persiste en el tiempo y se actualiza en la creación misma, este es el recorrido que traza *Evocación viva de una obra presente*, para recordar una figura emblemática de la cultura trujillana, el maestro Laudelino Mejías, destacado músico, compositor, cuya obra se pierde de vista en el horizonte.

En esta obra, de corte crítico-reflexivo, el autor emprende un viaje a la memoria de un pueblo cargado de historia, para revelar la evolución de la música reflejada en la vida de un visionario, cuyo afán de formar lo convierte en un referente fundamental del hecho cultural venezolano. Así, nos adentramos en la travesía de un hombre sencillo, soñador, cuya visión futurista, adelantada a su tiempo, que hizo de la música una forma de vida. Abordamos la vivencia del maestro Laudelino Mejías, en un periodo de formación académica comprendido entre 1908 y 1963, con la intención de conocer el origen de una obra musical que rompe esquemas promoviendo la corriente del vals, como patrimonio genuino de los trujillanos.

Gracias al maestro Laudelino Mejías, heredamos una obra que da cuenta del valor educativo, filosófico, instrumental. Una propuesta de orden magistral donde se fundan los principios de la Banda Filarmónica, hoy Banda Oficial de Conciertos “Laudelino Mejías”, patrimonio inmaterial de los venezolanos, a través de la cual se revive el sueño del visionario. La memoria cultural, expresada en estas notas, nos muestra la evolución del formato de Banda, cuya distribución instrumental, aún perdura como referente metodológico en la formación de ejecutantes, construyendo una teoría de la música que desafía los paradigmas emergentes.

Evocar el periplo de un genio, es adentrarse en un mundo donde la creatividad se desborda en cada composición, en cada acorde. Trazar la trayectoria, es tejer una historia que se cierra sobre sí misma, cargada de anécdotas de un hombre que habitó en la música, e hizo de ella un estilo de vida. Mirar al pasado para fundar el presente, es un adagio que se amolda perfectamente a la vida y obra del maestro Mejías.

Dra. Katiuska Briceño

I. Escuela Filarmónica de Trujillo como el Proyecto Musical Académico en 1908

...y son interminables tantas historias vivas que desde esa cascada inmaterial de las palabras en ese viaje del tiempo y sus frutos, nos entregara una cosecha de luces y pasiones, encarnada en un puñado de seres extraordinarios que bordaron al Trujillo musical, sonoro, pensante de siempre, con finos trazos de luz y sentido que bañan aún la vida creadora de nuestros artistas que siguen naciendo.

Las diferentes miradas al pasado sólido que nos muestran grandes símbolos de nuestra esencia cultural, prefiguran en fundamental categoría al Presbítero y Maestro “Esteban Razquin”. Él sin duda, legó a Trujillo el camino de la “Música Académica”, erigió los ideales del futuro musical en la juventud de 1908, sumando además, un conjunto de intérpretes sazonados en aquellos tiempos de comienzos y misterios, abre las puertas del encuentro y se va tejiendo los sueños del porvenir artístico en el alma de un joven llamado “Laudelino Antonio Mejías”.

Todo esto comenzó bajo la sombra de un árbol de verdades, una casa grande donde se educó el carácter que transforma sus primeras notas. Es, Don “Aparicio Lugo”, su padre, un músico “Clarinetista” consumado para la época, reunidos en torno a la “Banda Vázquez”, formato ins-

trumental constituido con el cual la experimentación de formas, ritmos y géneros musicales tuvo en esta agrupación de los “Hermanos Vázquez” esa luz histórica fundamental con ideales vivos cargados de pasión por el arte, cimientos que, a criterios de Ruíz (2024) figuran como el comienzo de una serie de transformaciones muy positivas de la música en Trujillo, y en Laudelino Mejías.

El tiempo y sus misterios se empiezan a revelar en la década de 1900, y hoy podemos precisar que fue la escuela filarmónica un proyecto modulador, dimensionando el pensar y el hacer de la vivencia instrumental, visto desde la formación, práctica y ejecución. El hecho musical trascendió en las manos que tocan la vida y sus colores, razón inquestionable del matiz nuestro en la lírica constante y su verso de metáforas sonoras que hablan de lo hermoso que se desprende en nuestro canto.

Las distintas obras e instituciones musicales en la primera mitad del siglo XX en Trujillo, fueron sin duda el cimiento de todo lo que suena hoy en esta tierra del vals. Se han venido encadenando al tiempo, los sueños imposterables de un montón de actores de nuestra realidad cultural, que en el devenir de las décadas fueron edificando esa gran obra que habla de la música Trujillana, en contexto, la hoy Banda Oficial de Conciertos “Laudelino Mejías”, es una muestra de que tan sólidos han sido los sueños que nos abrazan. Son instituciones centenarias, crecientes, que siguen vivas, renovadas y con proyectos en desarrollo para la siembra del mañana de tantos, de todos los que habitan la cultura Trujillana en los espacios infinitos del arte.

Es Trujillo una muestra nacional de la tradición musical en el país, figurando así en los grandes momentos estelares de la sinfonía social venezolana grabando con luz propia la esencia noble y creadora. Esa fotografía inmensa de la Cultura Trujillana nos coloca en el cielo de la gente. Una retrospectiva a la obra literaria, plástica, artística, musical, popular y escénica, muestra a Trujillo como el lugar de todos los lugares. Nuestra geografía es tierra fértil y nuestra historia es un ser que bendice la magia consciente del artista, que así lo refleja.

El Trujillo histórico, sustenta los frutos del tiempo transitado. Son los pasos de tantos buscadores que siguen el horizonte de las cosas nuestras, las cosas simples, los valores humanos que hacen en la inevitable interacción de ésta diversa modernidad, las grandes estructuras para la creación artística y a su vez, la producción de bienes culturales para la vida.

Las diferentes miradas en el quehacer cultural Trujillano, proponen pintar con fuego propio renovadas ideas que, como un río de esperanzas tocan la vida en el medio de esa otra historia, que se escribe en pro de las nuevas generaciones y su porvenir.

II. Banda Filarmónica como la Casa del Tiempo, 1910

...y sus pensamientos están incrustados uno a uno dentro de éste sueño que ha logrado sobrevivir a los embates del tiempo. La solidez del mensaje suma en su proceso y evolución 115 años de fundada, aquí se cumple el axioma complementario que dice: “Un sueño no es suficiente”. En ese orden la evolución de nuestra “Casa del Tiempo, hoy “Banda de Conciertos Laudelino Mejías”, ha sido un sueño centenario compartido, como un legado real en donde nacen los sonidos de Trujillo y reposa el alma del pueblo.

La memoria musical escrita, transcrita, que resguarda en su biblioteca la Banda del Estado, es decir, todo ese repertorio diverso, vivo que sustenta una verdad blanca bordada de estampas y desafíos, es la razón fundamental del legado, la herencia espiritual, representa sin duda los trazos infinitos de nuestra esencia, la historia hablando de lo que somos.

Es de una importancia medular la ruta plasmada en la poética musical Trujillana. Guarda el repertorio de la “Banda Oficial” con sensible gesto un puñado de obras, canciones y poemas musicalizados que retratan la cultura Trujillana, sus cosas, los amores, hechos históricos y sin duda, expresa los valores de la ciudad que habitan en el ser.

La Casa del Tiempo vibra en el universo, conecta su frecuencia en cada concierto. Un mensaje musical interminable, indetenible viven sobre los pies inmateriales de tan señera institución. Es la Banda Oficial de Conciertos Laudelino Mejías un monumento del color, de los sonidos más profundos del sentir libre que se expresan en las sonrisas de la gente. Antecede la banda de los hermanos Vázquez, a toda ésta historia de la música académica que trajo en sus manos de luz el Presbítero y Maestro Español, Esteban Razquin: La Banda Filarmónica, Banda Sucre y finalmente, como un homenaje póstumo: “Banda Oficial de Conciertos Laudelino Mejías”. De estos orígenes, se destaca el encuentro de Laudelino con el padre Razquin, Maestro que abrió el camino para adquirir mayores conocimientos musicales y pedagógicos, a un discípulo aventajado, como lo refiere Ruíz (2024).

Honor a quien honor merece, aquí en esta historia al final se honró la vida de aquel niño de los sueños grandes, que llevó a experimentar un sinfín de formas musicales que dentro de sus más importantes obras se destacan los “Poemas Sinfónicos”, “Trujillo”, “Mirabel”, “Canto a mis Montañas”, “Alma de mi Pueblo”, la imponente “Marcha a Radio Trujillo” como también, el “Himno a la Victoria”, el pasodoble “Cielo Andino” y los vales “Mirando al Lago”, “Imposible”, “En las Horas” y “Mi Primer Vals”. Cabe mencionar el grado de “Maestro Académico Honoris Causa” otorgado por la Academia de Música de Roma, además, la declaratoria como patrimonio cultural inmaterial de los Trujillanos al Vals consagrado “El Continio”.

Importante siempre será destacar el comienzo de este legado cultural en las manos del maestro Esteban Razquin, quien posteriormente compartió batuta con el músico Clarinetista Aparicio Lugo, quien lamentablemente fallece en 1911, y luego que las razones políticas lo apartaran de la actividad directiva al padre Razquin en 1916, asume la conducción el joven Laudelino Antonio Mejías.

Los ojos del futuro miran con preclaro horizonte el devenir grande de los sonidos, es la genialidad de un ser y su caudal de colores que en su vida musical logró plasmar lo universal del arte en una sentida traducción del hecho sonoro y proyectando así el futuro nuestro que sigue su búsqueda en las manos de todos.

Las distintas etapas musicales que han renovado la visión y orientación en el tiempo de esta “Escuela Académica Musical”, constituyen los rasgos fundamentales que describen momentos estelares, donde las manos de Rafael Pernalet, José Ramón Aranguren, Lucciano Macaferri, Gregory Carreño, Antonio Montilla, Leonel Méndez por nombrar algunos que, en su gestión como directores artísticos y administrativos de la institución, precedieron la obra del maestro Laudelino Mejías, tocándole a cada uno de ellos, agregar un empuje dimensional, inyectando energía, nivel y desarrollo musical en el horizonte que abraza su esencia.

Hoy la Banda Oficial sigue en su trabajo musical. Carga sobre los hombros de su historia un sol de verdades, su mensaje se sigue escribiendo, tocando, cantando. El valor que envuelve su estampa es sin duda espiritual, trasciende en el pensar, en el sentir. Hoy habita su expresión en la memoria cultural Trujillana y continúa sin demora en su caminar sonoro...

III. “Mi Primer Vals, 1910. Laudelino Mejías”

...y comenzaba una historia de expresiones sonoras, formas observadas, texturas sobre los paradigmas y sus imposibles, la experimentación de imágenes, los impulsos naturales de una vocación impoluta derramando el pensar sobre la esencia de las cosas nuestras, el sentir, y así, fue transpirando un montón de motivos melódicos, despertando además los procesos sensoriales de la armonía en su búsqueda del color, dejando al tiempo una cosecha de horizontes nuevos para los cantos del mañana, esos que, inexorablemente edifican la voz inmaterial en el alma del pueblo.

Representa un hecho verdaderamente histórico la composición musical “Mi Primer Vals”. Este momento delata al autor, confiesa sin duda esa propuesta de matices sobre una mesa hecha de futuros donde se escriben las ideas. Su primer vals, establece con aguda precisión un historial de obras populares que anteceden a su melódico gesto musical titulado como “Mi Primer Vals”. Esto, deja por sentado claramente una tradición sobre el “Vals Venezolano”, quizás, apuntando a mediados del siglo XIX donde la categoría de Vals de salón trastornaba los bailes del tiempo. Cabe destacar que, en Europa, Viena, Austria, para 1850 el joven Johann Strauss, fue declarado como el “Rey del Vals”, tal mención marca un precedente en la historia

universal de la música, en ese sentido, luego se ordena el contexto y esos datos históricos, cronológicos, dan forma a la teoría, la crónica, su influencia y su verdad.

A finales de la primera mitad del siglo XIX, específicamente en 1834, nace en la hacienda “El Palmar” Estado Aragua Federico Wollmer, hijo de Gustav Julius Wollmer y Francisca “Panchita” de Rivas y Palacios. Este joven de raíces alemanas, comienza sus estudios de música desarrollando el piano como instrumento principal. Viaja a Europa con el fin de perfeccionar sus estudios y, a su regreso a Venezuela años después, trae en su repertorio y composiciones la música que estaba en el auge europeo del momento, música de baile. Valses de salón, Danzas, Polcas y Mazurcas. En 1897, se publican sus obras para piano en una edición conjunta entre Alemania y Venezuela. La colección “Lira Venezolana” piezas de baile que comprenden 44 valsos, 3 mazurcas, 24 danzas y 11 polcas, todas obras para piano. Federico Wollmer conecta sin duda un pedazo del futuro de la música europea imperante de la segunda mitad del siglo XIX, trayendo en su regreso un porvenir de sonoras formas que, colocaron las notas sobre la mesa del mañana.

Retomando el camino del primer vals, es importante la fecha, 1910. Es decir, para ese momento el joven Laudelino tenía 17 años de edad y formaba parte de la Banda Filarmónica del maestro Esteban Razquin. Un preclaro del quehacer musical, puesto que es de presumir su comportamiento sólido, asentando sus convicciones desde esa muy temprana edad que indeteniblemente forjaron el carácter

de un ser en su vuelo de colores, tocando los momentos en su apostolado musical. Así lo refiere el poeta Raúl Díaz Castañeda (1964) al concebirlo como un compositor congénito, un aedo que canta a su tierra, justo cuando el vals vivía sus horas más brillantes, para convertirse en el mejor compositor venezolano de vals, no precisamente por la complejidad de sus creaciones, sino porque logra darle a lo sencillo un toque de infinita pureza, con el sortilegio de la nutrida musicalidad de su estilo.

Toda esta inmensidad de luces que rodean al tema sobre el “Vals Venezolano” coloca a los músicos Trujillanos y sus experimentaciones sonoras en unos momentos estelares del país. Son rasgos genuinos, semillas del cielo que bendicen una tierra fértil para la canción y la vida. Trujillo es un pedazo del milagro universal, es así como un canto gigante del color, como la rebeldía de los dioses pintando maravillas y ríos inmateriales que caen en las razones del camino, sobre las palabras. Es Trujillo la Tierra del Vals, esto no es un decir, es una inmensa realidad que suena desde la historia, la cultura, la geografía y lo musical. Es una experiencia que se recoge en datos incuestionables puesto que, para la época de 1910, en el país existían pocas agrupaciones musicales y el formato que imperaba era precisamente el de “Bandas Marciales”. En nuestro caso, banda filarmónica. Concepto moderno que el Presbítero Esteban Razquin trajo en sus pasos de fe hasta la sagrada tierra Trujillana.

La influencia del concepto europeo del “Vals de salón”, su instrumentación rígida, sumando el sentir popular nuestro y los instrumentos funcionales para la época de principios del siglo XX en Trujillo. Hace la mezcla extraordinaria de un Vals con rasgos más estructurados, con otros límites más amplios en registros, formas y movimientos. Resume Laudelino un postulado sobre el concepto contemporáneo renacido del Vals Venezolano del siglo XX.

Mirando de cerca el trabajo musical que en los datos históricos se muestran, los repertorios interpretados hablan por sí solos, es decir, una gama de géneros se interpretaron en los experimentales formatos instrumentales existentes y con claro énfasis en la lírica popular, tradicional de nuestros compositores. Es importante destacar los valeses nativos, reveladores emocionales, inspiradores sobre las miradas del futuro.

En el horizonte siguen los pasos indetenibles de la creación musical y se liberan otros colores, comenzando entonces otras conquistas. La historia refleja un vendaval de emociones grabadas con fuego propio luego de ese “Primer Vals”, que nos invita a numerar el antes y el después. Entonces, fueron naciendo un cúmulo de estampas musicales, mientras la mirada en su deseo infinito de cantar la vida, despertaba cada día colgada en los ojos del futuro. Desde esos aposentos del tiempo, tendieron un viaje de emociones sobre la piel de la ciudad con los valores más sentidos, del Trujillo grande que abraza el amor en su camino.

IV. La asunción a la Dirección de la Banda Filarmónica en 1916

...y los misterios vuelan desatando un cambio del paisaje y tienden un viaje sobre la piel de la vida, regresos, encuentros, compromisos, despedidas que trastornan los momentos tranquilos, colocando al joven Laudelino Antonio entre la resignación en su consuelo eterno de la palabra y la vida que abre las puertas de un sinfín de emociones que esperan pacientes en los distintos caminos del arte. La unión como un sacramento de la existencia, siembra su esencia con hidalguía artística en la prolongación de la vida.

El fallecimiento de su padre en 1911, el músico clarinetista Aparicio Lugo, quien acompañó en la idea, formación, dirección y sueño de la banda filarmónica del padre Razquin, deja en silencio el corazón de Laudelino, del alumno en esas primeras notas, del hijo mismo y musical, pero... Sin duda este hecho luctuoso ensombrece los días tranquilos.

La vida en su vaivén regresa en otro coletazo de tormenta y pocos años después un cambio de estatus político y los pensamientos ciegos del poder para 1916, hace que el presbítero Esteban Razquin, migre a otros espacios encomendados, en esto que la iglesia llama los caminos de Dios,

en su proyecto musical académico. Todo transcurre desde los aposentos indetenibles del tiempo y en ese mismo año 1916, en el mes de octubre, contrae matrimonio con la dama Trujillana María Angelina Palazzi Granados. Todo se va develando en esta historia y la magia que nos rige lo hace desde el universo que vibra en el ser, ese mismo que también lo conecta sin piedad proponiendo siempre vivir para el vivir, es un destello frecuente que despierta al Dios del alma que resuena desde los recintos sagrados, que nos invitan a mirar hacia adentro de nosotros mismos en esa búsqueda de las cosas simples que hablan de la verdad y sus caminos. Un vendaval de emociones y ausencias experimentó Laudelino en ese año de 1916. Qué gran desafío heredaron en sus manos, impulsándolo a dar un salto de fe que generara las respuestas y posturas del momento.

Todo comienzo propone sanar lo herido y cuidar lo sano, en ese orden, soñar despierto es un primer paso. La fundamentada práctica musical desde la teoría y la ejecución de varios instrumentos le permiten al novel director, lanzar iniciativas y además, unos postulados que hoy podemos reconocer como la “Doctrina Mejías”. Significa esto una teoría latente que empezaba a edificar una forma de ver, hacer, escribir e interpretar la música, desprendiendo de allí una visión indetenible que encarna la responsabilidad del crecimiento musical, la nivelación sonora, tímbrica, la expansión armónica y sus formas, la transcripción de música europea, elevando así los conceptos, la adquisición y ampliación de instrumentos para reorganizar la escena. Fueron los ojos del futuro, esos que nos heredaron

un horizonte y su caudal de cantos, poemas y melodías nacidos en la virtud de los pensamientos.

Es de imaginar todo este proceso puesto que, el crecimiento evidente de la institución como también del trabajo creativo dio cuenta, y es así como en distintos relatos se recrean las tantas vivencias, vicisitudes y hechos de todo tipo que describen la actividad cultural nuestra.

La primera etapa como director de la filarmónica es relativamente corta. Laudelino al cabo de unos 4 años, en 1920, inicia su recorrido al interior del país, viaja al estado Zulia donde en su apostolado musical cumple una importante jornada de práctica, estudio y ejecución en el ámbito musical, en ese instante de lo eterno vive otra forma de hacer y expresar la música junto al maestro Leopoldo Martucci director de la Banda de Maracaibo, poniendo fin a su experimentación. Retorna a Trujillo un año después en 1921, específicamente a la ciudad de Valera, asumiendo por un tiempo la “Banda Lamas”. Cumplida también la misión encargada, retorna a la capital tomando las riendas nuevamente de la ya renombrada “Banda Sucre”, en un cambio de epónimo, asumiendo los ideales del mariscal Antonio José de Sucre.

Hay detalles que desde el punto de vista personal revelan en parte su criterio para entender en parte también, sus viajes, destinos y propuestas musicales asumidas y vividas. El tiempo en su rol de vigilante de los sueños del hombre, es un testigo presente de la verdad cultural Trujillana. El legado musical que edificó el Maestro Mejías es

sin duda un monumento a la pasión artística. La visión interminable del director está escrita con tinta indeleble en las páginas vivas de la historia musical Trujillana.

V. Su primera travesía de viaje a Maracaibo en 1920, retornando a Valera a mediados de 1921

...y como una inesperada lluvia brotan los deseos de volar, de ser, de ver el mundo y sus razones que despiertan el horizonte en el alma joven del buscador, por ese llamado profundo del arte musical que lo inunda en sus destellos sentidos, expresando así, un sinfín de imágenes poéticas y metáforas sonoras, conectadas todas en la frecuencia del mensaje universal que rige las ideas del futuro, como también la energía que nos comunica. Es, esa sinergia que en su vaivén de instintos y sensaciones, se desprende consagrado el momento de un acto que, expande el alma como un milagroso gesto humano para la creación musical del arte sonoro, que en su tránsito sigue naciendo en los campos del ser, del sentir y del pensar.

Es para recrear un montón de imágenes toda esa aventura que emprendió el joven Laudelino, fue sin duda, otro despertar de las realidades existentes, cambiantes, en ese viaje a Maracaibo, a comienzos de la década de 1920. Una experiencia con muchos sentidos en desarrollo y éstos se fueron mezclando entre las palabras, sentimientos y miradas de un joven que entendió que la música y su ejercicio comunican, conecta. Es una comunidad global que permite habitar cualquier cultura, así como también experimentar los motivos, ideas y las razones fundamentales del quehacer artístico en general.

La pasantía musical de Laudelino como Intérprete del clarinete en tierra Zuliana, pudiera significar por la fecha, un poco más de un año, esto en resumen, se traduce como poco tiempo, pero... El postulado cuántico a considerar en las profundidades del hecho musical y su relación con lo más íntimo del ser humano, describe una eternidad vivida, en ese tiempo silencioso que posee, sustancia irrepetible que baña la consciencia en la estación infinita de la música, que lo acompañará hasta su nueva conquista. Esta aventura fascinante lo lleva a conocer otros discursos, formas de hacer el ejercicio musical y además, interactuar con otros buscadores como el Maestro Leopoldo Martucci, quien para la época dirigía la banda de Maracaibo.

Investigadores como Ruíz (2024), destacan que este periodo entre 1920-1933, diversas circunstancias personales y políticas, rodearon el tránsito por el país, marcando honda huella como pedagogo y compositor, ya que concentra la mayor producción estética del maestro. Las obras que hablan de sus momentos tranquilos, sentidos en los buenos aires zulianos, describen la magnitud de su expresión, mirando al lago en las horas más sentidas del recuerdo bajo un árbol de verdades que cubren al vals de su alma, que en su viaje de regresos graba de amor los motivos vividos para volver a la tierra que lo germinó.

La experiencia vivida lo va inspirando en su obra grande que está por venir, en ese transitar de emociones para 1921, se encuentra de vuelta en su tierra y se radica por un tiempo en la ciudad de Valera. Allí asume la direc-

ción de la Banda José Ángel Lamas, cuyo epónimo hace honor al compositor laureado de la época colonial venezolana. Vive el joven Laudelino Mejías entonces, un momento distinto donde su trabajo marca otros instantes fundamentales en su carrera. Es en Valera donde escribe debajo de los ojos silenciosos de la noche sensible, las notas del Vals Conticinio, va plasmando Laudelino su inmortalidad melódica, se inserta en la memoria universal resonando en las bellas noches de la ciudad, sus calles, sus montañas. Mágica canción bordada de luz, así como una oración incrustada en la voz de todos: “Lo que nadie se imaginó es que en aquella casa humilde valerana, muy cerca del zanjón del Tigre, donde impartía clases de música y compuso tantas canciones, iba a nacer Conticinio, el más famoso vals venezolano, que va por todo el mundo haciendo que se quiera más la gente” (Ruíz, 2024, s/n).

El tiempo y su indetenible rumor seguirán hablando de las cosas infinitas que nos abrazan bajo este árbol de promesas que cubre el arte musical Trujillano. Leer los pasos luminosos del maestro Laudelino es verdaderamente revivir siempre una especial historia, que nos encuentra y nos pierde en su fulgor, en ella, se muestra su rasgo preclaro, visionario donde el amor es un mensaje constante del presente, y en esa ruta de luz, su construcción es una obra viva cuyo espíritu fue siempre la inspiración de las cosas simples, la gente, la ciudad, sus montañas, la tierra, la memoria, el encuentro, la fe, su mágica y rumorosa quebrada de los cedros. Deja Laudelino entonces una antorcha que

vigila los sonidos del pueblo, heredando a las generaciones futuras su alma pintada en el papel, grabando para siempre con fuego propio en el alma del tiempo, su pensar.

VI. Retorno a la capital trujillana en 1924, como director de la ahora Banda Sucre

...y son los sueños de un gigante en sus manos un montón de verdades sentidas por donde se deslizan suavemente las contemplaciones, emociones, respuestas a los motivos sonoros que siguen su construcción patrimonial desde esa claridad espiritual que sólo seres con vocación impoluta, íntegra, verdadera, retratan sus pensamientos musicales en una realidad compartida, donde justamente ocurre el milagro de un encuentro, con el hecho artístico donde se fabrica la esperanza y la verdad de un pueblo que levanta las manos al futuro inevitable, impostergable en su transitar, dando muestras conscientes del presente que toca la vida.

Retorna el maestro Laudelino a la casa musical de sus primeras notas a los 31 años de edad. Ese momento estelar en la memoria cultural Trujillana es de primer orden, fundamental además. Es el comienzo de la segunda entrega como director, en la que originalmente fue la “Banda Filarmónica”, creada por el padre Razquin, siendo un espacio para el aprendizaje donde el joven formó su corazón para lo grande, pero... ya el proyecto nativo tenía otro rostro y otro nombre diferente para ese momento “Banda Sucre”.

El formato musical, instrumental imperante para la década de 1920 en Venezuela, aún seguía siendo el Bandístico. El horizonte de los géneros, especies y ritmos que Laudelino Antonio experimentó en los distintos enfoques y lenguajes implementados, da muestra sin duda del vuelo y sobre todo, de ese poder para ver las cosas, como una especie de sabio sencillo, o quizás, en una suerte de vidente sonoro que reflejó en los distintos actos musicales, mostrando un natural comportamiento audioperceptivo.

El maestro Mejías desarrolló la sustancial condición de la sinestesia, ver los colores en las diferentes gamas y disposiciones de los sonidos, plasmando así en sus escrituras las combinaciones, formas y sentidos correctos, además, cromatismos, expresiones frecuenciales con definiciones emocionales que en resumen, se quedaron en el alma de la gente y en los recuerdos del mañana. Hoy toda esa inmensidad del color está grabada con notas de oro en un importante repertorio de composiciones que el maestro Laudelino Mejías, dejó en las páginas de la historia musical Trujillana.

Los valores con los que edificaron la escuela filarmónica como un espacio académico para desarrollar la música, fueron sin duda elevados, con ideales muy sólidos. La serenidad impresa en los motivos sonoros para la época reúnen una serie de verdades que, delatan al autor, revelan su sentir y espiritualidad, su agradecimiento a la vida más allá de las vicisitudes experimentadas, es un acto de fe materializado, dando, entregando sus motivos más intrínsecos a través del sagrado lenguaje universal de la música.

Laudelino se quedó para siempre en el corazón de la gente y en la Memoria Cultural Trujillana como un ser que cumplió su misión histórica. Heredando su alma pintada en el papel como un gesto indisoluble, interminable, indecible. Sigue escuchándose aún el rumor de sus motivos sonoros, en esta tierra del Vals.

VII. Segunda travesía musical con destino a Ciudad Bolívar en 1930 - 1933

...y como un viento fuerte que toca los límites del horizonte, danzan sobre los caminos del sur un vendaval de sonoros pasos que dejan entre sus huellas de vida, las notas puras del acervo cultural andino que brotan desde las montañas, ríos y quebradas inmateriales que despiertan en su voz sus imposibles destellos, expandiendo así, el alma de un hombre en su mensaje de luz y pasión por el arte que revela su esencia.

El tiempo sigue en su sabia paciencia dando luz en los momentos y un tono distinto, distante y sereno en ese año de 1930, a la edad de 37 años. Asume Laudelino Antonio Mejías, la construcción de otro monumento del color, quizás, el reto más duro, complejo desde el punto de vista organizacional, académico - musical y profesional.

Es de imaginar que, con los datos históricos relevantes y algunos colaterales, se puede dar forma a la imagen de lo vivido por el sazonado maestro Laudelino Mejías, tocando la música en pleno desarrollo de la obra. Se trata de la reestructuración, educación y ampliación de la Banda Oficial del Estado Bolívar “Juan Bautista Dalla Costa”, epónimo éste de gran importancia para esa tierra, puesto que, se trata de una figura de mucha luz, de gran

relevancia desde principios del siglo XIX y que figuró en la vida política venezolana como una referencia de alto concepto, fundamentalmente por sus ideas, espíritu y nobleza. Fue presidente de estado en varias oportunidades y ocupó un importante número de misiones políticas de referencia internacional y nacional. Bien, entonces la misión encomendada al maestro Trujillano Laudelino Antonio Mejías, se eleva a un compromiso cultural de razonables alcances que lo sujetan al trabajo constante, modulador que recrea los postulados y las teorías hechas verdad.

Manos a la obra. Es la visión de un compositor y a la vez arreglista con dilatada experiencia en formatos para banda filarmónica que, permite a Laudelino proyectar sus deseos paso a paso, nota a nota, y es en el papel, en el sagrado pentagrama donde en realidad plasma el futuro de lo que ve, llevando de 9 músicos a 40 en total, así como se lee en puntuales datos históricos de ese viaje laboral del maestro. Eso se cumpliría en su momento a fuerza de un deseo inquebrantable de realización. El trabajo de formación musical es lento, muy lento, pero... Es cierto que el talento y su dedicación, generan resultados.

El proceso educativo de las distintas disposiciones en la teoría y el solfeo, aplicados a los diferentes instrumentos musicales que, en base a sus distintas técnicas en la ejecución, formas de lectura y escritura, roles armónicos, melódicos, rítmicos, organizan por parte el ambiente musical que en algún momento, dará como resultado que en ese proceso, se armonice su destino y cante a la vida como una acción presente que no termina.

Laudelino Mejías forma parte de la memoria cultural del Estado Bolívar, deja su rumor de verdades y resuena desde entonces en el futuro de una tierra sembrada de sueños, que en el devenir sonoro y su reflejo de aquellos tiempos, sigue dando frutos en todo su horizonte. Hoy, son referentes melódicos un puñado de líricas infinitas en Venezuela, nacidas en tierras del sur post peregrinación musical de Laudelino Mejías, quizás, tenga en su esencia toda esa gama del color y los sonidos. Ese repertorio tradicional que sigue naciendo, recorre el eco de la realidad impregnado de serena emoción, con un poco de la inspiración del maestro Laudelino, desde ese momento en su vuelo nacional.

VIII. Segundo retorno a Trujillo en 1934, trae tiempo de esperanza

...y vuelve siempre su verdad hecha canción. Retorna nuevamente el maestro Laudelino Mejías a su tierra Trujillana en 1934, luego de cumplir la misión en Ciudad Bolívar, en su paso por tierra guayanesa, dándole un empuje dimensional a la Banda Dalla Costa, orientando el futuro académico musical en esos aposentos del sur de Venezuela. Laudelino sin duda alguna ejerció un apostolado del arte, encarnó una peregrinación de los sonidos, cantó a la vida, al universo, a lo hermoso.

Asume lo abstracto en su tercera etapa artística, musical y académica, la dirección de la Banda Sucre en la capital Trujillana para 1934. Comienzan aquí, dos décadas de oro para la música nuestra, donde el Maestro Mejías libera sus más sentidos mensajes sonoros, plasmando las obras más trascendentales que son vivo retrato del quehacer musical Trujillano. Como lo resalta Díaz Castañeda (1964, s/n.) al describir “su exquisita sensibilidad para traducir a un fascinante idioma de vibraciones el colorido de las cosas visibles y la misteriosa intimidad de las abstractas. Creaciones tan llenas de armonía, tan suavemente entretejidas las variaciones, que la alegría o la tristeza que podamos sentir al escucharlas, no emana de su particular esencia sino del propio estado emocional”.

Desde 1935 hasta 1955, ocurre el milagro. Sueña Laudelino con los ojos abiertos, se ilumina la ciudad con su obra académica, siembra sobre los campos del futuro las melodías más trascendentales que nacieron en ese tiempo. Es momento de hablar de los Poemas Sinfónicos. En ellos está el alma del pueblo y el fresco saber, la luz de todos, el mensaje interminable, la flor del recuerdo y su abrazo infinito. Todo un recorrido inmaterial se transita sobre los motivos sonoros en cada uno de los poemas Sinfónicos, “Trujillo, Mirabel, Canto a mis Montañas y Alma de mi Pueblo”. Graba con alma propia sobre la piel de la ciudad, las montañas y la mágica quebrada de los cedros, sus más sentidos pensamientos hechos de color, verdad y bendición.

La magnitud y proyección institucional de la Banda Sucre, fue de impresionantes dimensiones. Hasta el año 1930, el formato instrumental de “Banda” se mantuvo imperante. Cabe destacar que en Venezuela a partir de 1930, específicamente en Caracas, el maestro Vicente Emilio Sojo funda La Sinfónica Venezuela y también el Orfeón José Ángel Lamas. Propone a escala nacional una conexión musical con el mundo instrumental de la música europea, desafiando así, procesos sociales y contradicciones internas que con retórica injerencia de la política del tiempo, se ensombrecía la actividad. Más allá de las contradicciones la consagrada visión del maestro Sojo, trazó la ruta cierta del país sinfónico coral, sembrando en esa juventud, luz, pasión y excelencia. El axioma representativo que hoy enarbola el sistema de Orquestas y coros infantiles de Venezuela “Tocar y Luchar”. Es sin duda una acción cíclica

del proceso y de la historia musical venezolana, gestada a partir del 1930, en las manos del maestro Vicente Emilio Sojo.

La Sinfónica Venezuela despierta el movimiento fundacional, siembra los motivos más sonoros de la música a la inmensidad de todo el país. Crece la muchachada musical, talentosa de la primera mitad del siglo XX, bordando sin duda esa otra nueva etapa, otro nivel instrumental y el desarrollo de la obra musical venezolana, que sustenta el presente que hoy tenemos, que hoy vivimos.

Las grandes obras académicas del mundo clásico, sinfónico y coral escritas en nuestra Venezuela, se gestaron a finales de la primera mitad del siglo XX. El maestro Sojo fue sin duda un sembrador del cambio que tendió sobre el horizonte de este país, un mensaje indetenible, interminable. Nace el arte musical en cada ser de esta tierra reafirmando a cada momento, que somos los venezolanos parte del milagro de la vida.

Todo transcurre en paralelo y la acción creativa del maestro Laudelino Mejías en Trujillo, se eleva en proporción dimensional, manteniendo el formato bandístico, en ese orden, el desarrollo melódico e interpretativo adquiere fuerza y una nueva gama de músicos así lo perfilan, revelando los motivos que tejen el mañana.

Despiertan los días y como un canto gigante del color, encamina la música académica bajo el resguardo de ésta la casa del tiempo, escuela musical de los Trujillanos que viene edificante desde 1908, como el “Proyecto Raz-

quin”. Ha sido un regalo gigante del color a las manos de todos como un símbolo eterno bordada de luz, como una razón que no termina. Entrega los destinos de la institución en 1955 en las manos de Rafael Pernaletе (1955 - 1958). Unos 3 años después asume José Ramón Aranguren (1958 - 1974), hijo del mismísimo maestro Laudelino Mejías, repitiendo en parte la historia y su hidalguía. En orden cronológico la dirección siguió de esta forma:

- Lucciano Maccaferri (1974 - 1979)
- Gregory Carreño (1979 - 1981)
- Antonio Montilla (1981 - 1992)
- Leonel Méndez (1992 - 1996)
- José Luis Cegarra (1996 - 2013)
- Fernando Quintero (2013 - 2020)
- José de la Paz Briceño (2020 hasta el año 2026, en curso)

La Banda sigue así su camino de esperanzas y abre el porvenir a cada instante. Su legado no termina, tiene en su renovado sentir la juventud musical Trujillana que en su vivencia hará con su trabajo un símbolo para la trascendencia y el legado que habita en memoria cultural nuestra.

IX. El último viaje en ese cambio del paisaje para 1963, de este plano terrenal

...y suelta su obra grande sobre los momentos tranquilos que se desprenden desde el alma hasta las miradas de todos. Cesa en su actividad académica musical en 1955, abriendo su corazón al tiempo y heredando sus más sentidos desvelos en el papel, deja así Laudelino entonces, un sinfín de metáforas sonoras cargadas de su inmensa riqueza espiritual, musical, humana. Inyecta una sólida estampa a la cultura Trujillana, encamina a la “Banda Sucre” sobre los ojos inmateriales de una ciudad, con sobrado gesto incrustado en la historia que habla de las cosas y del arte.

Al poco tiempo, Laudelino Antonio Mejías parte rumbo a la capital, haciendo de aquel momento el asiento en su vida familiar, en ese recinto caraqueño que abrió las puertas en aquel tiempo, siguiendo en parte el hecho artístico - musical, viviendo así la trascendencia de la cultura venezolana en auge y creciente, ya en sus últimos años.

Fallece el Maestro Laudelino Antonio Mejías el 30 de noviembre de 1963, en Caracas a la edad de 70 años. Sus restos siguen allí en tierra capitalina, específicamente en el Cementerio General del Sur y es preciso apuntar otra vez la idea de traer sus restos al lugar de todos sus lugares, espacio éste, que para él representó la inmensa simbología espiritual de su obra escrita. Regresar su esencia a la tierra Trujillana que lo germinó.

Se libera su alma en una canción humana que vigila los pasos en cada presente, para dejar así, su aroma en todas las flores del camino que la brisa acaricia suavemente en su inmensidad. Quedan sus trazos punteando la canción en las montañas que bajan hasta la quebrada de los sueños grandes en su sentir. Viene el maestro cantando sobre las nubes su eterna juventud de centellas y tempestades, que cruzan los insondables momentos del amor, mientras su lira de rocío y el despertar impostergable siguen recorriendo la memoria bajo los pasos de la poesía que tiñe de luz las calles del pueblo. Su obra vivifica el espíritu noble de la tierra y la memoria que consagra la cultural Trujillana en el corazón de la gente.

Representa “Don Laudelino Mejías” toda una historia incrustada en el medio de otra historia que se rige por los designios del universo de todos. Somos los hijos del tiempo, los testigos libres colgados en una melodía liberada que se abraza interminable a la razón que aún nos orienta.

Siguen los ojos de muchos mirando, buscando en la noche sus notas y un conticinio sereno, deseando quizás, estar más cerca de ese silencio con el que pintó de esperanzas a la ciudad de su alma, más allá de un canto de acero que aún... sigue naciendo.

X. “Evocación Viva de una Obra Presente”

...y sigue con nosotros esa mirada serena, sabia, trascendente. Ver más allá de la niebla es una virtud que propone al buscador ir tras la verdad que nace en sus instintos. La música está diseñada con elementos universales increados que precisamente la definen como un fenómeno mágico inexplicable, que a través de los siglos y las civilizaciones han venido construyendo la gran teoría de la música y sus procesos, propósitos, enseñanza - aprendizaje, todo esto, basado en el comportamiento de esos elementos universales vigentes e increados que siguen orbitando sobre las miradas que observan su razón.

El efecto transpirador, inspirador, sanador y las variadas reacciones generadas en el ser humano específicamente, como también en la diversidad de seres vivos, en ellos, en el entorno natural se estudian los cambios integrales que experimentan a la conexión frecuencial de la música y sus respuestas, reacciones, alteraciones, cambios fisiológicos, transformaciones.

Estos paradigmas fenomenales del arte musical, frecuentes en la teorización que está inmersa en los distintos diseños investigativos, son la razón existencial de esa búsqueda para las definiciones y comprensión del hecho sonoro universal, las distintas formas de verlo, entenderlo y recrearlo.

Fundamentar paso a paso el desarrollo musical en el tiempo sugiere un cúmulo de temas como: La frecuencia universal, la onda sonora y su resonancia, la energía y movimiento, el ritmo que somos, además de las teorías físicas sobre la relatividad, lo cuántico, los procesos sobre la meditación, las distintas dimensiones, la intuición, lo sensorial, la emoción, los procesos mentales del pensamiento, el sentido, reflexión, consideraciones filosóficas, razonamiento, lectura, comprensión del fenómeno, escritura y la memoria profunda que sustenta la palabra.

Todas estas teorías planteadas, desarrolladas, colocan la compleja y diversa estructura del proceso para la conexión con la frecuencia universal, como el diálogo natural entre el espectro energético que nos conecta, nos rige y el ser que habita en ese espacio infinito de los sonidos puros, sus armónicos, las notas normadas como las distintas escalas tonales, los modos, el desarrollo en la armonía, sus colores, además de una inmensa variedad de instrumentos musicales determinados e indeterminados que sugieren una diversidad de timbres, que describen múltiples sensaciones por las variadas entonaciones y sus alcances interpretativos, conectando a los actores dentro del ambiente en contacto con el ser.

Este contexto fundamental permite relacionar y describir al maestro Laudelino Mejías y su obra viva. Son múltiples las estructuras que se desarrollan en el arte mu-

sical y es el tiempo un camino donde los postulados y las experimentaciones sonoras han tomado forma. Los grandes referentes universales, son grandes precisamente por desafiar las incertidumbres, los paradigmas, lo inexplicable y los imposibles. Cada civilización, cada generación viene sumando, encadenando todos los hallazgos y razones que dibujan el futuro.

Don Laudelino Mejías forjó una estampa nacida de convicciones profundas, de una comprensión impoluta, íntegra, verdadera que hoy se contempla desde la riqueza espiritual en su obra musical. Los reconocimientos otorgados por su trayectoria artística, a su vida y obra como maestro de la música, en acto presencial y *Post Mortem* son diversos e importantes para el hecho cultural histórico. Cabe destacar el apadrinamiento, acompañamiento, perfil, luz y camino con el que pintó la educación de un ser en especial: “Alirio Díaz”. Un joven ungido por la bendición artística sencilla de un personaje como Laudelino Mejías, “quien lo acogió, le enseñó a ejecutar otros instrumentos, lo incorporó a la Banda Sucre y le consiguió trabajo en la Imprenta Regional, a la par que estudiaba y cuando lo consideró pertinente se lo envió al Maestro Vicente Emilio Sojo, en Caracas” según refiere Ruíz (2024, s/n). Esta invaluable labor, despertó la mágica expresión de la música en aquel niño que, tiempo después llegaría a consagrarse como el guitarrista más laureado del mundo. Intérprete formado a niveles académicos europeos, específicamente en Italia. Es de imaginar, y también de presumir, que sea precisamente el maestro de la guitarra Alirio Díaz, quien postuló en la “Academia de la Música en Roma”, el grado

de “*Maestro Académico Honoris Causa*”. Por el mérito inmenso e incuestionable de las obras “*Poemas Sinfónicos*” del Maestro “Laudelino Antonio Mejías”.

Esa relación humana nacida en la adversidad, creo que los abrazó para siempre en la memoria, el afecto y la enseñanza. La acreditación ante un foro de tal magnitud, nivel y jurisprudencia como la Academia de la Música de Roma, prefigura un acto de justicia cultural, en reconocimiento al mérito sobre la obra musical de un ser, que desafió lo imposible de ese tiempo, brillando con luz propia desde un acto natural de virtud y esclarecimiento de una vida digna al servicio del arte.

No estoy cierto de este hecho preciso. Sueño también despierto, intentando recrear verdades, pero... Sea por la razón, postulación y decisión del grado otorgado a Laudelino, conseguido por la vía que sea, esa acción, representa un acto extraordinario para la historia cultural Trujillana y su más alto valor humano. ¡Honor a quien honor merece!

Otro momento estelar y de acción espiritual en el marco de la justicia cultural, se materializa cuando el gobernador del Estado Trujillo Juan Montezuma Ginnari en 1965, promueve y decreta el cambio de epónimo a la entonces “*Banda Sucre*” que ahora pasaba a llamarse: “*Banda Oficial de Conciertos Laudelino Mejías*”. Este acto sella para siempre un apostolado musical sin precedente en la historia cultural Trujillana. Así mismo, queda el nombre de Laudelino Mejías, en distintas obras e instituciones del estado:

- *Maestro Académico Honoris Causa*, por la Academia Musical de Roma.
- Primer Premio por su Himno a la Victoria.
- *Lira de Plata* por su Vals Conticinio.
- Busto de su imagen viva en la Alcaldía de Trujillo y en el Ateneo de Trujillo.
- Instituciones educativas que llevan su nombre. (Escuela Técnica Industrial. Escuela de Música de Valera. Conservatorio de Música en Trujillo).
- Avenida Principal de Trujillo capital, lleva su nombre.
- Sala principal de exposiciones del Ateneo de Trujillo, lleva su nombre.
- Orden al mérito con su nombre.
- Declaratoria del Conticinio como Patrimonio Cultural Inmaterial del Estado Trujillo.

Se inserta su nombre en las páginas de la historia musical Trujillana como la “*Evocación Viva de una Obra Presente*”. Sigue su esencia en los cantos del pueblo y brilla su luz de horizontes nuevos en cada despertar de la ciudad, donde se cosechan los frutos grandes del alma, en esta tierra del Vals, para siempre...

Referencias

- Díaz C., R. (1964). Palabras en Elegía para Laudelino. Discurso de orden en el Ateneo de Valera, Centro de documentación. Estado Trujillo Venezuela.
- Frailán, P. (2025) Laudelino mejías; signo de inspiración para nuestro tiempo. Diario de Los Andes. <https://diariodelosandes.com/laudelino-mejias-signo-de-inspiracion-para-nuestro-tiempo-por-pedro-frailan/>
- Ruíz, P. (2024). Un Conticinio para la eternidad. Diario de Los Andes. <https://diariodelosandes.com/laudelino-mejias-un-conticinio-para-la-eternidad-por-pedro-ruiz/>
- Fundación Polar. Laudelino Mejías. <https://bibliofep.fundacionempresapolar.org/dhv/entradas/m/mejias-laudelino/>

